

# *Calidad de la democracia*

Santos Juliá, El País, 03/03/1996

Ayer, cuando el siglo iba apenas mediado y Sartre tenía vara alta en París, el marxismo era el marco irrebable del saber; hoy, cuando el siglo se acerca a su fin y no queda en el café de Flore ni la sombra de Simone, la democracia es el horizonte irrebable de la política. Así han ido las cosas y reconocerlo es la primera exigencia para hablar de lo que pueda ocurrir mañana. La democracia es el fin de los sujetos colectivos y, con ellos, de las utopías de liberación y de los hombres-faro que guían a la humanidad. No hay proletariado a la conquista del Palacio de Invierno en las democracias; tampoco hay grandes timoneles. Algunos nostálgicos todavía lamentan hoy que todos esos sujetos hayan hecho mutis por el foro y los lloran por el empobrecimiento radical de la vida política que su ausencia nos ha dejado.

Tienen razón: votar es un ritual bastante prosaico, que exige una decisión desprovista por completo de heroísmo y de la que en ningún caso se va a derivar un cambio en nuestras vidas. Ningún utópico proyecto de hombre nuevo ha avanzado nunca ni un milímetro por el hecho de salir de casa un domingo, acercarse a un colegio electoral y depositar una papeleta en una urna. Pero, cuando se recuerda que los sujetos erigidos en cabezas del pueblo, vanguardias del proletariado y caudillos de la nación han sembrado de cadáveres los caminos de Europa, habría que ser menos pesimistas respecto a la ocupación de su lugar por la nada excitante cola de ciudadanos en un colegio electoral. Ha costado tanta sangre descubrir el único procedimiento para cambiar de Gobierno sin derramarla que renunciar al ejercicio del derecho de voto, y hacer de esa renuncia un principio político, significa ignorar que el valor de la democracia radica no tanto en las urnas, sino en todo lo que hace obligada su existencia como último tramo de un proceso competitivo de distribución del poder político.

Pues para que las urnas valgan se necesitan, al menos, dos requisitos: unos ciudadanos libres y autónomos, que no buscan en el grupo el refugio de sus impotencias, y unos políticos que compitan abierta, no fraudulenta o engañosamente, por el poder. Es ahí donde nos jugamos en cada elección no desde luego la existencia de la democracia, hoy indiscutida, sino su calidad. Y es de calidad de la democracia de lo que nada quieren saber los líderes que piden el voto, pero huyen de una directa confrontación, personal y programática, con sus competidores. No hay democracia de calidad si no hay ciudadanos que deliberan y juzgan con espíritu crítico la marcha de los asuntos públicos; no la hay tampoco si quienes luchan por el voto hurtan a esos ciudadanos la posibilidad misma de debate al sustituirlo por la arenga ante fieles más o menos fervorosos o por el recitado de fichas elaboradas por asesores de imagen y repetidas una y otra vez, con idéntica gestualidad, ante periodistas más o menos complacientes.

Los líderes políticos han perdido en esta campaña una ocasión de oro para arrancar el debate público de esa mezcla de histrionismo y vacuidad, con el váyase / que vienen, y con los montones de tertulias y columnas que han llenado de ruido y furia las radios y la prensa durante estos tres años. Ahora, cuando sólo queda lamentar la ausencia de los debates cara a cara que exigían los duros conflictos políticos a los que la sociedad española se ha enfrentado desde las últimas elecciones, es el turno de: los ciudadanos autónomos que deciden libremente sobre la distribución del poder político para los próximos cuatro años. Eso es lo que cuenta. Lo demás, si el voto va a este o aquel candidato, o a ninguno, tiene sólo una importancia relativa: nadie permanecerá ahí sin nuestro consentimiento más de cuatro años y nadie podrá conducirnos en tan poco tiempo, por fortuna, a ese paraíso/danone de mañanas cantarinas, cielos radiantes, niños bondadosos y familias felices con el que todos ellos nos amenazan en sus campañas electorales.

## *Electores, no jurados*

Santos Juliá, El País, 04/02/1996

Entre las cosas peregrinas que hemos tenido que leer o escuchar en las últimas semanas ocupa un lugar de privilegio la pretensión de varios dirigentes socialistas de acotar la política como territorio autónomo sobre el que los políticos disfrutarían de un derecho reservado de admisión: la política para quien la trabaja, sería la consigna. Así, con motivo de las iniciativas de solidaridad hacia José Barrionuevo, se afirmó que el Congreso de los Diputados, como sede de la soberanía popular, era el único órgano competente para decidir sobre la presunta culpabilidad del ex ministro y que los jueces andaban algo menguados de legitimidad para intervenir en un asunto político y, por tanto, de la exclusiva competencia de los políticos. Se dijo algo más, y más grave; se dijo que la petición de suplicatorio por parte del Supremo era una injerencia política que formaba parte de una campaña de acoso al partido socialista.

Cabía la esperanza de que esta doctrina, tan aberrante como la de los jueces que reivindican la función política de mantener una permanente confrontación con el Gobierno, fuera producto de una especie de trastorno mental transitorio de los amigos de José Barrionuevo. Pero el masivo voto de los socialistas contra la solicitud del suplicatorio y las airadas reacciones ante el procesamiento del diputado suscitan una profunda inquietud respecto a lo que estos políticos creen que es un procedimiento penal, un juez instructor del Tribunal Supremo y una Sala del mismo Tribunal. Si con su negativa y su protesta lo que han querido decir es que el Supremo no es quién para entender de delitos "políticos", y que los diputados son los únicos competentes para decidir cuándo se debe investigar o no a uno de ellos, entonces estaríamos ante una quiebra de nuestros valores democráticos.

Quiebra de valores que habría provocado un irreparable deterioro en la calidad de la democracia si el partido socialista hubiera

contado con mayoría en la Cámara. No es una cuestión hipotética: algunos socialistas muy significados han dado a entender que el principio de la mayoría prima sobre el de legalidad y que, por ser elegido, un diputado es más que un juez, incluso para determinar si uno de los suyos ha quebrantado o no la ley. No hay más que imaginar la catástrofe que se habría producido en la normal relación entre poderes del Estado, autónomos e independientes pero sometidos todos a la ley, si el Congreso hubiera denegado el suplicatorio porque el diputado en cuestión hubiera contado con una mayoría decidida a evitar su comparecencia ante un juez que en el ejercicio, no de una prerrogativa sino de un deber, le llama a declarar.

Y como entonces no pudieron salirse con la suya, los socialistas han decidido trasladar a los electores su forcejeo con el poder judicial. La inclusión de Barrionuevo en las listas de candidatos no es desgraciada sólo por lo que tiene de provocación o por lo que deja traslucir de chantaje; tampoco porque plantea la cuestión de los GAL en el centro del debate y sitúe a los ciudadanos ante un gravísimo dilema moral. Lo es, desde luego, por todo eso, pero lo es aún más porque debajo de ella alienta el principio de que en democracia la única fuente de legitimidad es el voto. Al incluir a Barrionuevo en la lista como alarde de autonomía e independencia política frente a supuestas intromisiones judiciales, los socialistas madrileños convocan a sus electores para que se constituyan en una especie de jurado paralelo, por ver si la mayoría absuelve con su papeleta a un procesado que quedaría libre de sospecha tras el veredicto popular. El problema para ellos es que con semejante pretensión han despejado las dudas que, a pesar de todo lo visto y oído, pudieran todavía abrigar algunos de sus antiguos votantes: si lo que se nos pide es que con un acto político nos pronunciemos sobre una presunta culpabilidad penal la respuesta es no; no aspiramos a ser jurados, somos nada más que electores.

## *Vieja nueva izquierda*

Santos Juliá, El País, 31/03/1996

El mercado de ideas políticas se ha estrechado tanto en las democracias de este fin de siglo que las novedades que de él nos llegan suelen dar cuenta de una progresiva reducción más que de alguna coyuntural ampliación de la oferta partidaria. En España, desde las mil flores abiertas durante los primeros pasos de la transición, la tendencia de los pequeños partidos ha sido a abandonar silenciosamente la escena, bien por cierre empresarial con liquidación de restos, bien por absorción en empresas de mayores dimensiones previa venta de activos.

La izquierda española era en los primeros años de la transición un mosaico con nada menos que 33 grupos reclamándose, como se decía entonces, del socialismo y una buena docena del comunismo o sus derivados. El rechazo del modelo confederal, un firme liderazgo, algunas ideas claras y un fulgurante éxito electoral limpiaron de un plumazo el abigarrado mundo socialista en un proceso de rápida centripetación, insólito en los hábitos de nuestra izquierda. Por su parte, el mundo comunista, con su avejentada burocracia centralista, su crisis de liderazgo, su dosis de confusión euroideológica y su fracaso electoral, sufrió continuas escisiones en un imparable movimiento centrífugo. Así, mientras los socialistas se refundaban en un único partido capaz de llegar al Gobierno, los comunistas se empeñaron en dilapidar su herencia condenándose a una oposición marginal.

Anguita es como el degradado epítome de esa historia. Proclamar que trabaja por una futura sociedad negándose a mirar los destrozos que el comunismo real ha causado a la sociedad presente es la forma clásica de la impostura clerical. Los sueños de sociedad alternativa terminaron con Stalin, no sin haber pagado antes una carísima factura por tanto ensayo utópico/totalitario. Los comunistas más despiertos de los años cincuenta, los británicos, lo vieron enseguida, cuando las tropas

rusas aplastaron la revolución húngara. Desde ese momento, los que renunciaron a la ceguera voluntaria sin avenirse a engrosar las filas del laborismo, lanzaron una nueva iniciativa política y eligieron un nombre que en inglés suena como más contundente, por bisílabo, que en español: New Left.

La New Left revelaba lo arraigado de una convicción propia de exploradores británicos: que aún quedaba por descubrir una *terra australis incognita*, situada en algún lugar equidistante del comunismo y la socialdemocracia. Pero ya aquellos pioneros hubieron de rendirse a la evidencia: todo lo que atisbaron en las márgenes de los dos grandes mares escindidos del tronco común de la Internacional Obrera a causa de la Gran Guerra y de la revolución rusa se reducía a islotes perdidos, refugio de políticos angustiados ante la idea de desmontar su chiringuito o de intelectuales convencidos de que la práctica socialdemócrata estaba condenada a la miseria si no se sometía a una permanente crítica teórica. A la vista de los hechos, aquella New Left, pronto convertida en una venerable *old new left*, se dedicó a sus revistas, sus libros y sus debates.

Hoy, con todos los mares explorados y todos los comunismos naufragados, la vieja idea de una nueva izquierda no revela más que una pasión inútil: no hay ninguna Australia pendiente de descubrir. La única perspectiva de todos los grupos situados a la izquierda del PSOE para salir de su marginalidad exigiría una refundación como la emprendida por los socialistas entre 1972 y 1979. La diferencia es que los socialistas pusieron manos a la tarea levantando muy altas las siglas históricas del PSOE, mientras que los herederos de la tradición comunista tendrían que proceder, con la debida pompa y circunstancia, al entierro del cadáver del PCE. Pero fundar, como si estuviéramos en 1956 y los rusos acabaran de entrar en Budapest, una nueva izquierda es nacer viejos, destinados a sacar una revista, publicar unos libros o revalorizar activos con vistas a disolver en una empresa capaz de ser gobierno.

# *La guerra ha terminado*

Santos Juliá, El País, 10/11/1996

"This is a fine war", dijo, algo inquieto, John Cornford. "Sure. It's a fine war", le tranquilizó su amigo, John Sommerfeld. Una guerra hermosa había estallado en España y Cornford, que tenía 20 años, era británico y promesa de poeta de primera clase, vino a morir en ella, "for communism and for liberty", al volante de una camioneta con el pecho destrozado por la metralla. Nadie puede dudar de la sinceridad y profundidad de su compromiso, del generoso aliento que lo movía, de la pureza de su ideal. Vino porque era una *fine war* y lo era, sin duda, para él y para tantos como él que dejaron su vida en ese trozo de África incrustado en Europa y evocado por el más grande de ellos, W. H. Auden, cuando cantó desde su escritorio "el incremento deliberado de las oportunidades de morir, la aceptación consciente de la culpa en el crimen necesario".

Pero Cornford murió demasiado pronto y sin ver hasta dónde puede llevar la idea del crimen necesario. Cuando no se escamotean los hechos, no sólo los que llevaron a unos distinguidos jóvenes poetas británicos a tomar las armas por una causa lejana, sino también los que movieron a sus camaradas a asesinar a los adversarios del propio bando, la guerra de España puede parecer hoy todo menos una "fine war". Si se recuerdan todas las muertes, la de Cornford como la de Nin, la de los campesinos ametrallados en Badajoz como la de los curas exterminados en Lérida, la de los brigadistas caídos en el frente de Madrid como la de los miles de fusilados en las tapias de Madrid, hay que estar de acuerdo con el amigo de Auden, Stephen Spender, cuando aseguraba, diez años después de la guerra, que "la intensidad y la cierta pureza poética" de sus primeros momentos, vividos por él al compartir el pan y el vino que los campesinos le ofrecían a su paso, apenas habían existido antes y no existieron después, cuando escuchaba atónito las atroces

heroicidades que le contaba regocijado un taxista en Barcelona.

Comprender la intensidad y la pureza poética que movió a tantos hombres y mujeres a ir a la guerra y compartir sus sentimientos sin miedo a mirar de frente toda la sangre y la crueldad derramados tras ese momento de fervor fue la tarea a la que hubo de enfrentarse una generación de españoles que irrumpió en la escena política veinte años después del comienzo de la guerra con un papel en sus manos que decía: "Nosotros, los hijos de los vencedores y de los vencidos". A la generación de 1956, integrada por los "niños de la guerra", debemos la reconstrucción de ese "nosotros" que permitió una radical transformación de la mirada por la que pudimos percibir la "inútil matanza fratricida" donde antes sólo se recitaba un relato heroico. Fueron ellos los que convirtieron la guerra contra el invasor en guerra fratricida, el ansia de exterminio en política de reconciliación. Aquellos niños, ya mayores, dejaron de vivir los peligrosos juegos de su infancia como victoria de unos, derrota de otros, para representarlos como catástrofe de todos.

Veinte años más se negaron a compartir esa mirada los que hasta su último aliento mantuvieron el discurso de la guerra civil como si de una guerra contra el invasor, nueva guerra de la independencia, se tratase. Pero la tardía y parcial petición de perdón por la Iglesia católica, la muerte de Franco y la desaparición de su régimen parecían dar definitiva razón a quienes desde 1956 planteaban la exigencia de reconciliación como única salida política a los destrozos de la dictadura. Por lo que se ve, sólo parecían dar razón, porque la espantada del presidente del Congreso y la huida del alcalde de Madrid ante la presencia de un puñado de veteranos de las Brigadas Internacionales pone de manifiesto que hay todavía españoles incapaces de reconocer que la guerra ha terminado y de hablar el lenguaje de reconciliación que sirvió a los niños de aquella guerra para abrir el camino de esta democracia.